

en todas las diferencias de la vida sobre las álas de una ciencia santa siempre fixa en el norte, que la dirige, anima y consuela.

Abramosnos el paso para las pruebas de esta verdad interesante por las desgracias conque este hombre es probado. El golpe del azote esta sobre su espalda. La mano que le hiere se hace pesada sobre él. La llama de la afliccion, y del dolor le cercan. El espíritu tentador arde en furor por abatir su paciencia, y triunfar de la resignacion conque él prepara sus lábios para beber el cáliz hasta las ecés. Es verdad. Tal es su historia. Pero Job; olvida acaso jamas, que la Providencia, esto es, aquel ojo y aquella mano que todo lo disponen en sabiduria y bondad, han dado un orden de regulacion, y de designio admirable á sus trabajos? Nada menos. Job habla. Su idioma no es prestado. Es el dulce convencimiento de su espíritu el que articula á los siglos todos este peregrino texido. Dios me habia dado los bienes de que yo era poseedor, y el mismo me ha privado de ellos. Nada me ha sucedido, sino como el ha querido. Su nombre adorable reciva eternas bendiciones. A el es á quien pertenecen como á su verdadero origen la sabiduria, el poder, la justicia y la providencia. El conoce la superchería de los malos, y las lágrimas de los inocentes, que son sus víctimas. Todo lo puede, y ni aun los mas secretos pensamientos del hombre le son ocultos. Asi habla este Justo.

Los amigos de Job por un error fatal piensan que Dios nunca aflige al justo. Este falso principio, que engendró en su seno el escollo mas comun en que se han estrellado los vanos racionios de una filosofia incrédula, que vomitó entre sus ruidosos delirios el maniqueismo sugiriendo pueriles objeciones contra la Providencia de Dios, y de que se valen miserablemente los Ateistas para atacar la existencia de este mismo Dios, es llevado con el arte del ridículo hasta su último punto. Pero Job rebate su especioso aparato y la

